

EL NEOCONSERVATISMO, DONDE TROTSKY SE ENCUENTRA CON STALIN Y HITLER

Por Srdja Trifkovic

23 de Julio, 2003

A menudo los neoconservadores son descritos como ex Trotskistas que se han transformado en una nueva forma de vida. Se señala que muchos neoconservadores tempraneros, incluyendo al fundador de *El Interés Público* Irving Kristol y el co-editor Nathan Glazer, Sydney Hook y Albert Wohlstetter pertenecieron a la lejana izquierda anti-Stalinista a finales de los 1930s y principios de los 1940s, y que sus sucesores, incluyendo a Joshua Muravchik y Carl Gershman, llegaron al neo-conservatismo a través del Partido Socialista en un momento que era Trotskista en perspectiva y en política. Tan temprano como 1963 Richard Hofstadter comentó sobre la progresión de muchos ex Comunistas de la izquierda paranoica a la derecha paranoica, adhiriéndose mientras tanto a la psicología fundamentalmente Maniquea que subyace en ambas. Cuatro décadas más tarde se declara que la veta dominante de neo-conservatismo es una mezcla de militarismo geopolítico con un ‘internacionalismo socialista invertido.’

Las descripciones globales de los neo-conservadores como Trotskistas rediseñados necesitan ser corregidas a favor de un análisis más matizado. En varios aspectos importantes el panorama mundial neoconservador se ha separado del Trotskista y ha adquirido algunas similitudes asombrosas con el Stalinismo y con el Nacional Socialismo Alemán. Los neoconservadores de hoy comparten con Stalin y Hitler una ideología de socialismo nacionalista e imperialismo internacionalista. Las similitudes merecen un escrutinio más cercano y pueden contribuir a un mejor entendimiento del grupo más influyente en la comunidad Estadounidense relacionada con la determinación de la política exterior.

Permanecen ciertas diferencias importantes, de manera notable la hostilidad de los neoconservadores no solamente a la teoría Nazi de la raza sino incluso al entendimiento más benigno de la coherencia nacional o étnica. En la superficie, también hay evidentes diferencias en el campo de la economía. Sin embargo, la glorificación neoconservadora del libre mercado es más retórica, diseñada para aplacar a los hombres de negocio que les financian, que realidad. De hecho, los neoconservadores no favorecen la libre empresa sino un tipo de capitalismo de estado – en el contexto del aparato global del Banco Mundial y del FMI – que Hitler hubiera apreciado.

Alguna forma gradual, pero irreversible y deseable, de marchitamiento del estado es un principio clave de la perspectiva teórica Trotskista. Los neoconservadores, en contraste, son estatistas por excelencia. Su creencia medular – que la sociedad puede ser manejada por el estado tanto en su vida política como económica – se halla igualmente en desacuerdo con la perspectiva tradicional conservadora y con la Izquierda no Stalinista. En este importante aspecto los neoconservadores se hallan mucho más cerca al Stalinismo y al Nacional Socialismo. Ellos no quieren abolir el estado; quieren controlarlo – especialmente si el estado que controlan es capaz de controlar a todos los otros. No son ‘patrióticos’ en algún

sentido convencional del término y no se identifican a sí mismos con la América real e histórica sino que miran a los Estados Unidos meramente como el organismo huésped para el ejercicio de su Voluntad de Poder. Mientras que la tradición política Americana ha tenido su mirada fija en los peligros del poder estatal centralizado, en la conveniencia del gobierno limitado y la no-intervención en los asuntos externos, los neoconservadores exaltan y adoran el poder estatal, y quieren que los Estados Unidos lleguen a convertirse en un hiperestado para llegar a ser una hegemonía global efectiva. Aún cuando respaldan el gobierno local es sobre la base que este es más eficiente y receptivo a las demandas del Imperio, no sobre bases Constitucionales.

La visión neoconservadora de los Estados Unidos como una nación híbrida e “imaginada” tuvo un ardiente partidario hace ocho décadas: en *Mein Kampf* Adolfo Hitler argumentaba a favor de una nueva Alemania, fuertemente centralizada invocando el ejemplo de los Estados Unidos y el triunfo de la Unión sobre los derechos de los estados. Él concluyó que “el Nacional Socialismo, como una cuestión de principio, debe afirmar el derecho a hacer valer sus principios sobre toda la nación Alemana sin consideración a las fronteras estatales federadas previas.” Hitler iba a hacer una nueva Alemania a la manera que él la imaginaba, o sino la destruiría. En la misma línea los escritores del *Weekly Standard* son “patriotas” solamente en tanto que la América que imaginan sea una herramienta acomodaticia para su diseño global. Su búsqueda incansable de un Imperio Americano más allá de las fronteras está asociada con su deliberada transformación doméstica del gobierno federal de los Estados Unidos para convertirlo en un Leviatán que no esté limitado por las restricciones constitucionales. Las líneas que insertaron en el discurso del Presidente Bush sobre el Estado de la Unión en Enero pasado resumieron acertadamente sus obsesiones Mesiánicas: el llamado de la historia ha llegado al país correcto, ejercemos poder sin conquista, y nos sacrificamos por la libertad de extraños, sabemos que la libertad es el derecho de cada persona y el futuro de cada nación: “La libertad que valoramos no es el don de los Estados Unidos para el mundo, es el don de Dios a la humanidad.”

Tal megalomanía se halla apenas unos pocos años de distancia de una apreciación patriótica de la nación de uno. Una búsqueda psicótica de poder y dominio es la fuerza impulsora, y el discurso “nacionalista” es su justificación. La realidad está visible en la angustia última: Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial Josef Goebbels daba la bienvenida al bombardeo Aliado por su destrucción del antiguo reloj cucú burgués y el mazapán Alemán de los principados feudales. Dirigido por el mismo impulso, la psicosis de “grandeza nacional” de Bill Kristol busca erradicar la antigua América localizada y descentralizada de las salas de bingos y de los juegos de pequeñas ligas.

La mayor parte de los herederos de la Izquierda Trotskista son internacionalistas y globalistas de un solo mundo, mientras que todos los neoconservadores son imperialistas impertérritos. Los primeros son partidarios del “multilateralismo,” en la forma de una emergente “comunidad internacional” controlada por las Naciones Unidas o a través de una transferencia gradual de prerrogativas soberanas a grupos regionales ejemplificados por la Unión Europea. En contraste, la insistencia neoconservadora del control físico desinhibido de otras tierras y pueblos trae a la memoria el Nuevo Orden Europeo de hace seis décadas, o la “Comunidad Socialista” que la sucedió en Europa Oriental. Incluso cuando demandan guerras para exportar la democracia, el término “democracia” es usado como un concepto

ideológico. No significa una amplia participación de ciudadanos informados en el negocio del gobierno, pero denota el contenido deseable, social y político, de decisiones en apariencia populares. El probable proceso para producir resultados indeseables “un gobierno Islámico en Irak,” – digamos – es un a priori “antidemocrático”.

Aunque la Izquierda Trotskista es predominantemente anti-militarista, los neoconservadores son entusiastas militaristas en una manera que recuerda el totalitarismo Alemán y el Soviético. Su doctrina estratégica, convertida y promulgada como política oficial el pasado Septiembre, requiere de un fortalecimiento militar indefinido y masivo sin conexión con alguna amenaza militar identificable para los Estados Unidos. Sus escritas demandan un “involucramiento de los ciudadanos,” de hecho, la militarización de la población, pero el concepto tradicional del “soldado ciudadano” ha sido revertido. Su meta es hacer que jóvenes Americanos debidamente indoctrinados vayan y arriesguen sus vidas no por el honor y la seguridad de su propio país, sino por las misiones que han de ser tergiversadas delante del público (e.g. la no existentes Armas de Destrucción Masiva Iraquíes) con el propósito de hacerlas políticamente aceptables. Como Gary North ha señalado, la política exterior neoconservadora es armas ante mantequilla: “La mantequilla siempre va después de las armas, pero se considera el precio ineludible de la presencia regional Americana en el extranjero.”

A los neoconservadores profundamente arraigados les desagradan las sociedades tradicionales, los regímenes y la religión del continente Europeo, particularmente Rusia y los Eslavos de Europa del Este, lo cual es positivamente Hitleriano. El sentimiento fue manifestado de la forma más evidente en la guerra de la OTAN, de 1999, contra los Serbios: El ruego indirecto de William Kristol a “aplantar los cráneos Serbios” se abrió camino más allá del slogan Vienés “Serbien muss sterbien” de 1914. Sin embargo, en términos de significación estratégica para los Estados Unidos, la Rusofobia visceral de los neoconservadores es mucho más significativa. En el período subsiguiente a la Guerra Fría los neoconservadores han seguido considerando a Moscú como el enemigo, respaldando entusiastamente a los separatistas Chechenos como “luchadores por la libertad” y abogando por la expansión de la OTAN. Su atavismo es comparable a la obsesión de Hitler con Rusia, una animosidad que igualmente no estaba relacionada con la naturaleza de su régimen. Es solo asunto de tiempo antes que los neoconservadores comiencen a defender un nuevo Drang nach Osten, en la forma de una rebatiña, dirigida por América, hacia Siberia.

La mentalidad neoconservadora es apocalíptica (lo que es un rasgo Nazi y Stalinista), más bien que utópica (lo que caracteriza a la Izquierda Trotskista). El reemplazo de la amenaza Soviética con el más amorfo “terrorismo” refleja la mentalidad revolucionaria del tipo “Día del Juicio” que nunca puede hallar reposo. Se tendrán que tramar nuevas misiones y nuevas guerras, y se tendrán que construir pretextos, con la misma sutileza que caracterizó el “ataque” de la estación de radio Alemana en Gleiwitz el 31 de Agosto de 1939. Incluso las herramientas para hacer valer el consentimiento doméstico no son diferentes: la Ley Patriótica que siguió a los ataques del 9-11 se pasó sin problemas de la misma forma en que la suspensión de la constitución de Weimar siguió al fuego del Reichstag. Haciéndose eco del dinamismo revolucionario y del Mesianismo historicista igualmente común a fascistas y comunistas, Michael Ledeen escribió que “la destrucción creativa” es la eterna misión Americana, tanto en casa como en el exterior, y la razón por la cual los “enemigos” de

América la odian: “No se pueden sentir seguros en tanto que estemos allí, pues nuestra misma existencia – nuestra existencia, no nuestra política – amenaza su legitimidad. Deben atacarnos para sobrevivir, así como nosotros debemos destruirles para hacer avanzar nuestra misión histórica.”

La aparente falacia de los neoconservadores en la tergiversación de la crisis Iraquí ante el pueblo Americano recuerda el “enfoque de aguja hipodérmica” Goebbelsiano a la comunicación, en el que el objetivo del comunicador era “inyectar” sus ideas en las mentes de la población que se tenía como blanco. “¿Por qué, claro, es que la gente no quiere guerra?” decía Goering cuando todo había acabado, en su celda de prisión en Nuremberg en 1946:

¿Por qué querría algún pobre en una granja arriesgar su vida en una guerra cuando lo mejor que puede sacar de ella es regresar a su granja sano y salvo? Pero, después de todo, son los líderes del país quienes determinan la política y siempre es un simple asunto de llevar a rastras a la gente, ya sea una democracia o una dictadura fascistas o una dictadura comunista... Eso es fácil. Todo lo que tienen que hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por falta de patriotismo y exponer al país al peligro. Funciona de la misma manera en cualquier país.

En verdad así es. La observación de Goering se hace eco en nuestro tiempo por la máxima Straussiana de que es necesario el engaño perpetuo de los ciudadanos por parte de aquellos que están en el poder porque necesitan ser dirigidos, y necesitan que se les diga lo que es bueno para ellos. En esto, al menos, Trotsky, Stalin y Hitler estarían todos de acuerdo. (Como Hitler había dicho, “Los poderes receptivos de las masas son muy restringidos, y su entendimiento es débil.”) En la mentalidad Straussiana-neoconservadora aquellos que están capacitados para gobernar son aquellos que se dan cuenta que no hay moralidad y que hay solamente un derecho natural, el derecho del superior para gobernar sobre el inferior.

Esa mentalidad es enemiga de los Estados Unidos. Es la mayor amenaza que existe hoy para el orden constitucional, la identidad y estilo de vida de los Estados Unidos. Sus partidarios solamente han modificado el paradigma del materialismo dialéctico con el objetivo de seguir en pos del mismo sueño escatológico, el Fin de la Historia carente de Dios. Están a la búsqueda del Poder por el poder mismo – pecando de este modo contra Dios y contra el hombre – y el fin de esa búsqueda demente será el mismo que el fin del imperio Soviético y de los Mil Años del Reich.

Copyright © 2003, www.ChroniclesMagazine.org